
5 El rostro de Cristo en la Iglesia

“Sobre ti edificaré mi Iglesia” (Mt 16,18)

Objetivo

Descubrir que Cristo actúa en la Iglesia y que nosotros, a través de ella, somos continuadores de su misión.

Introducción

La liturgia de la Iglesia está llena de signos plenos del más profundo significado. Sin duda, uno de los más entrañables es el de la acogida por parte de la comunidad cristiana, de un niño que va a ser bautizado. Con este signo, la Iglesia abre sus puertas a un nuevo miembro que, por la acción del Espíritu, pasará a formar parte del Cuerpo de Cristo y podrá disponer de la inmensa riqueza de bienes espirituales que el mismo Cristo, a través de su Iglesia, le ofrece. Si meditamos sobre nuestro bautismo, podremos valorar lo que ha supuesto para nosotros: ser hijos de Dios, elegidos por Cristo para formar parte de su Iglesia, ser destinatarios de las riquezas espirituales que se derraman sobre nosotros a través de los sacramentos, ser miembros los unos de los otros y poder atraer a los demás hombres a Cristo.

La Iglesia es para el cristiano un regalo de inmenso valor que el mismo Jesús le hace para guiar sus pasos hacia la salvación. En la Iglesia se desarrolla nuestra vida espiritual que va fortaleciéndose y madurando con la oración, los sacramentos y la vida de entrega a los demás. En pentecostés, Jesús envió su Espíritu para que santificara y manifestara públicamente a la Iglesia ante la multitud; es entonces cuando la Iglesia comienza su andadura y, bajo la acción del Espíritu, empieza a predicar la Buena Nueva de Jesucristo Resucitado, para reunir en un mismo redil y bajo un solo pastor al rebaño de Cristo, que es la Humanidad toda. No puede uno acercarse a la Iglesia como si fuera una mera realidad terrena. Y no puede hacerse así porque no es solo eso. La Iglesia tiene unas características que la diferencian radicalmente de cualquier otra empresa humana. Es a la vez humana y divina, es decir, está formada por hombres pero es designio del Padre, instituida por el Hijo y sostenida por el Espíritu Santo; es a la vez visible e invisible, es decir, grupo de creyentes en camino hacia el Padre y comunidad espiritual; es a la vez activa y contemplativa; está presente en el mundo y a la vez en perpetua peregrinación. Todo ello “de modo que en ella lo humano esté ordenado y subordinado a lo divino, lo visible a lo invisible, la acción a la contemplación y lo presente a la ciudad futura que buscamos” (SC 2). San Bernardo lo explica con estas bellas palabras: “¡Qué humildad y qué sublimidad! Es la tienda de Cadar y el santuario de Dios; una tienda terrena y un palacio celestial; una casa modestísima y un aula regia; un cuerpo mortal y un templo luminoso; la despreciada por los soberbios y la esposa de Cristo. Tiene la tez morena pero es hermosa, hijas de Jerusalén. El trabajo y el dolor

del prolongado exilio la han deslucido, pero también la embellece su forma celestial”. Y de esta manera, la Iglesia es santa, por la santidad de su Fundador, y a la vez pecadora, puesto que la componen pobres hombres marcados por el pecado. Cristo la quiso así, por tanto, el hecho de que en su seno se cometan pecados incluso graves, no debe menoscabar nuestro amor hacia ella. La santidad del Señor habita en la Iglesia al lado del pecado de los cristianos, pero siempre sobreabundará la gracia, según decía S. Pablo. Esta es la razón por la que la Iglesia funciona de modo distinto a como lo hacen otras realidades humanas. En la Iglesia, por expreso deseo del Señor, no es más quien más rango social o más dinero tiene, sino quien más sirve a sus hermanos; nadie pretende “ascender en la empresa” puesto que no hay lugares de mayor importancia que otros; nadie espera un pago económico por lo que da o por lo que trabaja: el pago es el mismo servicio, que enriquece a la persona sobremanera.

Cristo resplandece en su Iglesia y continúa su misión a través de ella. Es en la Iglesia donde nos encontramos con Cristo, no hay otro lugar fuera de ella donde se nos ofrezca una relación tan intensa con el Señor. En ella, el mismo Jesucristo, por la acción del Espíritu y con la colaboración de los pastores, nos hace hijos de Dios, nos perdona nuestros pecados, se nos ofrece Él mismo como alimento, nos ilumina con su Palabra, sostiene y vivifica la comunidad de creyentes con su amor.

Nada sería posible en la Iglesia sin la intervención directa del Señor Jesús. No se puede concebir la idea de Iglesia sin que Cristo esté en su mismo centro, actuando en toda ella. Pero, de igual manera, es impensable el

tratar de llegar a Cristo prescindiendo de la Iglesia. Ella es la vía que el Maestro nos propone para su seguimiento, el manantial donde recobrar fuerzas, la escuela en la que aprendemos a imitarle. “La Iglesia es nuestra madre porque nos da a Cristo. Ella hace nacer a Cristo en nosotros. Ella nos hace nacer a la vida de Cristo. Ella nos dice lo mismo que Pablo a sus queridos corintios: *‘In Christo Jesu per evangelium ego vos genui’* (‘Yo os he engendrado en Jesucristo por el evangelio’). En su función maternal, ella es la esposa ‘gloriosa y sin arruga’ que el Hombre-Dios ha hecho salir de su corazón traspasado para unirse a ella en el ‘éxtasis de la cruz’ y hacerla fecunda para siempre” (*Paradoja y misterio de la Iglesia*, de Henri de Lubac).

Partiendo de la vida (ver)

1. Presentar hechos de vida que muestren la valoración que hacemos de nuestro bautismo, si lo consideramos frecuentemente y damos gracias a Dios por él; o si por el contrario, no pensamos nunca en él, ni valoramos todo lo que supone para el cristiano.

2. Narrar hechos de vida que nos permitan descubrir nuestra actitud en el trabajo en la Iglesia, ¿pretendo siempre un puesto que estimo más importante que el que tengo? ¿Quiero siempre llevar la razón y no sé trabajar en equipo? ¿Me escudo en que los demás son más aptos que yo y nunca me ofrezco para nada?

3. Contar hechos de vida que nos hayan hecho tomar conciencia de que Cristo y el Espíritu sostienen continuamente a la Iglesia: cuando, ante una empresa

difícil o costosa, me he puesto en manos del Señor y he sentido que a través de mí, Él la ha sacado adelante; cuando, pese a la edad, las dificultades físicas o la escasez de personas, una parroquia consigue seguir su camino de ayuda a los demás; o ante un mal ejemplo de miembros de la Iglesia, he sido capaz de superarlo y recurrir a la perfección de Cristo que sostiene a su Iglesia.

4. Seguro que en mi vida habré tenido momentos de duda, de encontrarme sin fuerzas, ¿he recurrido a la Iglesia, a los sacramentos, a la oración, a la escucha de la Palabra, a la comunidad? ¿He experimentado entonces un auténtico encuentro con Cristo en su Iglesia?

Iluminación desde la fe (juzgar)

A) Sagrada Escritura

- Por el Bautismo, morimos y resucitamos con Cristo (Rom 6, 3-4; Col 2,12); nos revestimos de Cristo (Gál 3,27); somos purificados y santificados (1Cor 6,11).

- La Iglesia, constituida por Jesús, su Pastor (Mt 10,16; Jn 10,11-21); dotada de estructura, con Pedro como cabeza (Mt 3,14-15); sacramento de unidad de los hombres con Dios (Ef 5,25-27).

- San Pablo compara la Iglesia con un cuerpo del que todos somos miembros y Cristo es la Cabeza (1Cor 12,12-30). La Iglesia, formada por hombres y sostenida por el Espíritu (Hch 4,29-35). Es importante

orar constantemente (1Tes 5,17), sin desfallecer y con perseverancia (Rom 12,12; Lc 18,1-8).

- Jesús confirma su deseo de fundar la Iglesia cuando enseña a sus discípulos la oración del Padrenuestro (Mt 6,7-14). Cristo está en la Iglesia y la Iglesia, en Cristo (Jn 15; Gál 3,28; Ef 4,15-16).

B) Magisterio de la Iglesia

- Preciosa descripción de la Iglesia (LG 1-8). La Iglesia, nacida del costado de Cristo (SCa 14). Cristo presente en la Iglesia (EinE 22). La Iglesia conserva y transmite la fe (LF 40) y anuncia gozosa la salvación de Dios (EG 112-114).

- La Iglesia es primer testigo de la misericordia de Dios y su misión es anunciarla (MV 25). Cristo mismo nos reconcilia con Dios a través de la Iglesia (RP 7-11). El amor es el motor que mueve a la Iglesia (DCE 19).

- Sobre Bautismo y comunión eclesial (LF 41-43); el Bautismo, fundamento de la vida cristiana (CEC 1213) e incorporación a la Iglesia, Cuerpo de Cristo (CEC 1267-1270); dimensión eclesial de la fe: “es imposible creer cada uno por su cuenta” (LF 39). Iglesia y familia (AL 86-88).

- Mediante la sucesión apostólica y el Magisterio, la Iglesia garantiza la pureza de la fe (LF 49). Sobre las relaciones entre la Iglesia y el mundo actual (GS 40-45).

Compromiso apostólico (actuar)

El compromiso en este tema debe ir encaminado a profundizar en nuestra vinculación con la Iglesia. Para amar algo hay que conocerlo, por eso proponemos como compromiso la lectura detenida de la constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium*, que encontraremos en los documentos del Vaticano II. También pueden servirnos libros como *Meditación sobre la Iglesia*, de Henri de Lubac; *Paradoja y misterio de la Iglesia*, de Henri de Lubac; la encíclica *Mystici corporis*, de Pío XII; del libro *Dios y el mundo*, de J. Ratzinger/Benedicto XVI y Peter Seewald, el capítulo dedicado a la Iglesia.

Otro tipo de compromiso puede ser tener un trato más intenso con los miembros de mi equipo, preocupándome por sus problemas, atendiendo sus necesidades, ofreciéndome a ayudarles; o también consolidar mi aportación económica a la Iglesia, o aumentarla si es posible.

Podría servirnos como compromiso dedicar un rato a estar ante el Señor pidiendo encontrarme con Él con ocasión de mis responsabilidades eclesiales, para ver en mis trabajos, no mi mano humana, sino la acción del Espíritu.

Proponemos como compromiso de grupo, organizar una celebración de recuerdo y toma de conciencia de nuestro bautismo, que nos haga valorar el don de ser hijos de Dios y miembros de la Iglesia de Jesucristo. Otro compromiso de grupo puede consistir en tener un encuentro festivo con los miembros del centro para estrechar lazos de amistad y para sentirnos comunidad viva, miembros los unos de los otros.